

2.ª FINALISTA NACIONAL



BASE DE BASE

Inés Ballesteros Gutiérrez

Colegio San Gregorio La Compasión (Cantabria)

Luz. Calor. Lenguas de fuego se alzaron sobre la noche sumiendo el crepúsculo en una representación de colores amarillos, rojos y naranjas que se fundían para formar flamas medidas por el viento. Visto desde fuera, era un espectáculo que rozaba lo impresionante, lo grandioso.

Visto desde dentro, era el himno a la peor de las desgracias, la más triste de las endechas, el clamor más profundo.

Las hojas de miles de diccionarios morían en silencio. Todas aquellas páginas que encerraban en su interior el más rico de los saberes humanos se retorcían ahora bajo las llamas asesinas, hasta quedar reducidas a un montón de cenizas.

La hoguera era visible desde kilómetros a la redonda, pero se hallaba perdida en medio de un campo al que nadie acudiría en mitad de la noche. El fuego cesó con la llegada del albor. Los asiduos de aquel descampado no tardaron en dar la voz de alarma al comprobar los vestigios que aquella noche había traído consigo.

<<¡Extra! ¡Extra! ¡Miles de diccionarios desaparecidos y multitud de misteriosas hogueras sacuden el planeta!>>

Aquella fue la noticia más repetida durante todo el día. Las imprentas de todo el mundo estaban colapsadas. En cada rincón parecían haber desaparecido los diccionarios para dar lugar a gigantescas hogueras e incendios. La edición de “El Chispazo” fue la primera en llegar a manos de Vanesa. Contempló su portada con horror, y una punzada de *déjà vu* la invadió al mirar las fotografías. Aquella noche había vuelto a despertarse, sonámbula y, al regresar a casa, su ropa y su pelo desprendían un terrible hedor a humo. ¿Había sido ella la causante? O, mejor pensado, ¿había sido “él” el causante de su salida? No lo pensó dos veces. Recogió su cabello en una larga y elegante trenza castaña y se precipitó al exterior.

Caminó con paso decidido mientras el húmedo aire otoñal y el susurro de la hojarasca la acompañaban a su destino: la mansión abandonada de las afueras.

Enfurecida, abrió la puerta con un golpe seco y entró. De niña, aquella casa siempre la había atraído. Ahora sólo le generaba repulsión.

Recorrió los largos pasillos y subió la escalera de caracol que conducía a la biblioteca.

Dentro, la luz matinal se filtraba a través del ventanal, iluminando la estancia y confiriendo un especial resplandor al espejo de cuerpo entero situado en su interior. Se hallaba en el centro, su marco era de madera y el sol arrancaba destellos rojizos a los rubíes incrustados en él.

Vanesa recorrió la estancia rápidamente y se dirigió sin parsimonia hacia la mesa de roble que hacía las veces de escritorio. Había una daga junto a un libro. La joven conocía de sobra la página en la que estaba abierto.

<<Lionel Wimbour –rezaba-, último descendiente del linaje Wimbour. Rubio, ojos verdes. Muerto en el incendio de 1857...>>.

No se molestó en terminar la lectura, pues la conocía de memoria.

Asió la daga y sujetó firmemente su empuñadura mientras hacía un tajo sobre su mano. La sangre comenzó a manar y Vanesa apoyó la herida sobre el espejo.

El anguloso rostro de un joven, ataviado con un elegante traje oscuro, no tardó en aparecer ante ella. Sus ojos verdes y su tez pálida rezumaban confianza, a la recíproca que orgullo.

Inclinó la cabeza ante la muchacha, a modo de saludo.

–¿Qué te trae a mí? –preguntó con voz suave.

–Has sido tú –le acusó ella-. Tú hiciste que quemara los diccionarios. ¿Por qué?

–No te lo tomes a mal, Vanesa. No es personal. Y, además, ¿no fuiste tú la niña inocente que vino a quemar sus libros?

Vanesa se sonrojó mientras se removía molesta.

–El curso había acabado. Yo era pequeña y estúpida. No valoraba los libros.

–Pero yo te enseñé a hacerlo. Entonces no parecías tan molesta en mi presencia.

–No me has respondido. ¿Por qué lo has hecho?

–Por la mente humana.

La muchacha enarcó las cejas. No esperaba aquella respuesta.

–La mente –prosiguió Lionel- es lo más importante que posee el ser humano. Pueden olvidar, recordar, pensar. Pueden escribirlo y guardarlo todo. Pero, para transmitir conocimientos eternamente, hace falta una base.

–No te sigo –sentenció Vanesa.

–¡Las palabras! –exclamó él-. ¡Los significados! ¡La escritura! ¿Quién puede guardarlo todo? ¡Los diccionarios, Vanesa! Tú quemaste el tuyo sin pensar en las consecuencias, sin saber lo que hacías. ¿Nunca te has parado a pensar que los libros son una de las cosas más valiosas que posee el ser humano?

–Sólo son papel...

–¡No! ¡No lo entiendes! La tecnología suplantaré la magia de un libro. Porque un libro puede ser lo que tú quieres que sea.

–Y para escribir un libro...

–...hace falta saber qué palabras usar. La mente humana es compleja y, probablemente, la escritura sea lo más complejo que hay en ella.

Entonces, Vanesa comprendió. Nunca supo muy bien qué la llevó a hacer aquello, pero simplemente aferró la daga que hacía unos minutos había usado para cortarse y la clavó en el espejo.

Lo último que llegó a ver de Lionel Wimbour fue un gesto de sorpresa acompañado por una sonrisa justo antes de que el espejo estallara en una lluvia de esquirlas de madera y cristal.

De los fragmentos del espejo comenzaron a salir páginas y páginas de diccionarios. Grandes y pequeños, de sinónimos y antónimos. En inglés, francés y español. Diccionarios de todo tipo resurgieron, cual fénix de sus cenizas, por todo el mundo.

Vanesa sonrió ampliamente mientras contemplaba cómo la mansión Wimbour era engullida por toneladas de diccionarios.

<<A veces –pensó-, necesitamos que alguien nos enseñe a valorar lo que poseemos. Porque la escritura es la base de todo, y los diccionarios son la base de la base>>.